ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MÍSTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Conclusión.)

CAPITULO XIV

REVELACIÓN.

TODAS las religiones conocidas conservan en su guarda Libros Sagrados á los cuales acuden para resolver las cuestiones que, tocante á su propia índole, puedan ofrecerse. Estos libros contienen las enseñanzas dadas por los Fundadores respectivos ó por maestros posteriores á quienes se considera que alcanzaron conocimientos sobrehumanos. Y aun en el caso de producirse discordia en el seno de alguna de estas religiones, dando origen á sectas opuestas, acontece que estas mismas sectas muestran tal apego al Canon Sagrado, que en la interpretación de su texto fundan precisamente sus doctrinas particulares. Y así es que, por más apartados que en materia de creencias puedan hallarse los católicos y los protestantes que á mayor extremo llevan su oposición, unos y otros apelan, sin embargo, á una misma *Biblia*. Así también, por grande que sea la distancia que separa al filósofo vedantino del inculto vallabhâcharyâ, ambos reconocen la autoridad suprema de los *Vedas*. Y de igual modo shias y sunnis miran como sagrado al mismo *Kurân*, á pesar de mediar entre ellos la más amarga rivalidad religiosa. Podrán suscitarse disputas y controversias sobre el significado de los textos, pero en

todo caso se guarda hacia los libros la más profunda reverencia. Lo cual es acertado, pues tales libros contienen fragmentos de LA REVELACIÓN, escogidos por Alguno de los Grandes Seres á quienes ha sido confiada; estos fragmentos se hallan incorporados en lo que el mundo llama una Revelación ó una Escritura, y en la cual se complace como en tesoro de inmensa valía. Se han escogido los fragmentos conforme á las necesidades de los tiempos, á la capacidad del pueblo á quien se han dado, al tipo de la raza que se ha tratado de instruir. Generalmente se redactan de un modo peculiar, y con tal arte, que ya constituyan historia, ya narración, canto, salmo ó profecía, estas formas externas aparecen á los lectores superficiales é ignorantes como el contenido completo del libro; mas tales formas encubren significados más profundos, á veces por medio de números, á veces por medio de palabras combinadas con arreglo á un plan oculto — una verdadera cifra, en realidad —, otras veces con símbolos que conocen los que en estas materias están versados, y en casos valiéndose de alegorías trazadas como historias, y aun de otras muchas maneras.

Estos libros, por cierto, tienen algo de carácter sacramental: una forma al exterior y una vida al interior, un símbolo por fuera y una verdad por dentro. Sólo pueden explicar su sentido oculto los que para ello han sido doctrinados por los maestros únicos en él; de aquí el dicho de San Pedro: «que ninguna profecía de la Escritura es de particular interpretación». (1) Las muy trabajadas explicaciones de los textos de la Biblia que llenan los volúmenes de la literatura patrística, parecen fantásticas y excesivas al prosaico pensamiento moderno. El trastejo de números y de letras, la interpretación, aparentemente imaginativa, de párrafos que á simple vista son narraciones históricas sencillas, exasperan al lector de hoy día, que quiere hechos coherentes y claros, y, que, sobre todo, exige que el terreno por donde anda sea firme. Se niega en absoluto á penetrar en los, á su parecer, movedizos tremedales que el místico, de fácil persuasión, recorre en seguimiento de fuegos fatuos, que tan pronto aparecen como desaparecen de modo confuso, irracional y caprichoso. Sin embargo, los que esos desesperantes tratados escribieron, eran hombres de brillante inteligencia y de juicio sosegado, los constructores más eminentes de la Iglesia; y aquellos que aciertan á leerlos á derechas, los encuentran llenos de sugestiones y señales que les apuntan á más de una obscura senda de las que conducen á la meta del conocimiento, las cuales no se hallarían de otro modo.

Ya hemos visto como Orígenes, alma sana, versada en el conocimiento oculto, enseña que las Escrituras son triples, constando de Cuerpo, Alma y Espíritu. (2) Dice que el Cuerpo está formado de las palabras en que se hallan escritas las historias y narraciones, de las cuales afirma sin vacilar que no son literalmente ciertas, y sí sólo relatos para instrucción de los ignorantes;

---

(1) II. Pedro I, 20.

(2) Véase *Antes*, pág. 246, SOPHIA de 1.º de Julio de 1902.

y aún llega á indicar que en tales cuentos se hacen declaraciones notoriamente falsas, con presupuesto de que las ostensibles contradicciones que en la superficie parecen, inciten al que leyere á hacer inquisición sobre el verdadero alcance de estos relatos imposibles. Añade que mientras los hombres son ignorantes, les es suficiente el Libro: él es portador de enseñanzas, les instruye; y como no ven las contradicciones é imposibilidades contenidas en las declaraciones tomadas en su sentido literal, no experimentan perturbación alguna con su lectura.

Conforme crece la mente y la inteligencia se desarrolla, las contradicciones é imposibilidades fijan la atención del hombre estudioso y lo llenan de confusiones. Se siente entonces impulsado á buscar un significado más profundo, y en esta tarea comienza á darse cuenta del Alma de las Escrituras. Esta alma es la recompensa del investigador inteligente que así se ha soltado de las ataduras de la letra que mata. (1) En cuanto al Espíritu de las Escrituras, ese sólo puede verlo el hombre espiritualmente iluminado; únicamente aquéllos en quienes ha evolucionado el Espíritu, son capaces de entender el sentido espiritual: «nadie conoció las cosas que son de Dios, sino el Espíritu de Dios... lo cual también hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría, mas con doctrina del Espíritu.» (2)

No es difícil darse cuenta de la razón que ha presidido á esta manera de exponer la Revelación. Es el único medio de que una misma enseñanza sirva para inteligencias que se encuentran en grados de evolución diferentes pues con el mismo libro se consigue educar á aquéllos para quienes en primer término se ha escrito, y á aquellos otros que, con el discurso del tiempo, lleguen á alcanzar mayores progresos. El hombre es un ser progresivo; el sentido externo dado en otras edades á hombres de escaso desarrollo, tendría que ser muy limitado, y á menos que algo más completo y profundo se halle oculto en él, el valor de la Escritura desaparecería al cabo de unos cuantos milenios. Mas con el sistema de los sucesivos significados se la da un valor perenne, haciendo que los entendimientos evolucionados encuentren en ella tesoros escondidos, mientras les llega el día en que, dueños del todo, no necesiten ya el fragmento.

Las Biblias conocidas en el mundo son, pues, fragmentos de Revelación, y, por tanto, justamente tenidas como Revelación.

El sentido inmediato y más profundo de esta palabra corresponde á la masa de enseñanzas confiada á la gran Fraternidad de Maestros espirituales para salud de la humanidad. Tales enseñanzas están consignadas en libros escritos con símbolos, donde se da cuenta de las leyes que rigen en todo el cosmos, de los principios que le sirven de cimiento, de los métodos á que su evolución se ajusta, de todos los seres que lo constituyen, de lo que fué su pasado, es su presente y será su porvenir: esta es La Revelación, tesoro in-

(1) II. Corintios, III. 6.
(2) I. Corintios, II. 11 y 13.

apreciable, de que tienen cargo los Guardianes de la humanidad, y de donde sacan de tarde en tarde los fragmentos con que forman las Biblias para el mundo.

En tercer lugar, viene la mejor Revelación y la más elevada y más completa, la que la propia Divinidad hace en el cosmos, al exhibir, unos después de otros, sus atributos, sus poderes, sus bellezas, en las formas varias que en su totalidad constituyen el universo. Ella muestra su esplendor en el sol, su infinidad en los estrellados campos del espacio; en las montañas su fortaleza, en las arrollantes olas su energía, en los nevados picos y transparente atmósfera su pureza; su belleza ostenta en los saltos del torrente, en el espejo del tranquilo lago, en la floresta profunda, en la llanura inundada de luz; da señal de su valor en el héroe, de su paciencia en el santo, de su ternura en el amor materno, de su celo protector en los cuidados paternales; manifiesta su sabiduría en el filósofo, sus conocimientos en el hombre de ciencia, su poder curativo en el médico; en los tribunales exhibe su justicia, en el comercio su riqueza, su doctrinar en el sacerdocio, y en el artista su numen. Con la brisa murmura á nuestro oído, con el rayo del sol nos sonríe, con la enfermedad nos reprende, y ora con el éxito, ora con el fracaso, nos estimula. En todas partes hace que la vislumbremos para incitarnos á amarla, y á la vez se nos esconde para que aprendamos á estar solos. La verdadera Sabiduría es reconocerla en todo; el verdadero Deseo, amarla en todo; la verdadera Obra, servirla en todo. Este revelarse Dios á Sí mismo, es la Revelación suprema: las demás son subsidiarias y parciales.

Hombre inspirado es aquél á quien algo de esta Revelación ha venido por acción directa del Espíritu universal sobre el Espíritu separado, que es brote suyo, el cual ha sentido la influencia iluminadora de Espíritu sobre Espíritu. Ningún hombre conoce la verdad de modo tal que no pueda perderla, ni dudar jamás de ella, mientras no le haya llegado la Revelación como si estuviese solo en el mundo, mientras lo Divino que está fuera, no haya hablado á lo Divino que está dentro, en el templo del corazón humano; entonces el hombre conoce por sí mismo, no por mediación de otro.

En un grado menor es inspirado el hombre, en el cual un sér superior excita poderes normalmente inactivos todavía, y hasta se posesiona de él, usando de su cuerpo como vehículo temporal. El hombre de este modo iluminado puede hablar, durante el tiempo de su inspiración, de asuntos ajenos por completo á su conocimiento, y declarar verdades que hasta entonces ni siquiera sospechaba. De este modo, sirviendo un hombre de instrumento, se dan á conocer á veces las verdades que la humanidad ha menester para su ayuda: una entidad elevada transfunde su vida á un vehículo humano, y de labios de éste brotan las verdades. Es el caso de los grandes maestros, cuando expresan aún más de lo que saben: el Angel del Señor ha tocado sus labios con fuego (1). Así son los Profetas del género humano, los cuales, en

(1) Isaías VI, 6, 7.

determinados períodos, han hablado de las necesidades espirituales del hombre con profunda convicción, con intuición clara, con inteligencia completa. Viven entonces las palabras con vida inmortal, y el que las pronuncia es realmente un mensajero de Dios. El hombre que de tal modo ha obtenido el conocimiento, no puede jamás perder del todo la memoria de él, pues lleva dentro de su corazón una certidumbre que en ningún tiempo puede desaparecer por completo. La luz podrá desvanecerse, y envolverlo las tinieblas; podrá verse rodeado de nubes que le oculten el esplendor celeste; podrá sentirse acosado de amenazas, requerido á combates, comprometido en luchas; pero allá en su corazón anida el Secreto de la Paz: él conoce, ó conoce que ha conocido.

Este recuerdo de la verdadera inspiración, esta realidad de la vida oculta, ha sido expresada en frases bellísimas por Federico Myers en su muy conocido poema «San Pablo». El apóstol habla de su propia experiencia, y trata de articular lo que recuerda: está representado como incapaz de reproducir del todo su conocimiento; no obstante él conoce, y su certidumbre es inquebrantable:

Aunque sediento de alcanzar su gloria,
Y aun habiendo su visión gozado,
Doy en vano tortura á mi memoria;
La impresión soberana
Se escapa á mi asimiento;
Sólo la pena de su ausencia siento.
Mas á través de mi angustioso trance
De mi ser se apodera algo indecible,
Y en tan extraño lance
La presencia de Dios, jamás visible,
A mi interna mirada es ostensible.
Si de las llamas el fulgor trazase
En la pared de vuestra casa un día
Raras palabras de expresión siniestra,
¿Sentencia tal podría
Quedar grabada en la memoria vuestra?
Si algún extraño é inteligible trueno
La historia os contase de una estrella,
De terror y admiración cogidos,
¿Os fuera dado el acordaros de ella?
Tal quedé yo de atónito y suspenso,
Que á duras penas entenderlo puedo,
Mas tal es el clamor y tan intenso
Del poder que en mi interior anida,
Que por toda mi vida
Su realidad se impone á mi conciencia
Y de mi ser lo juzgo única esencia.
Que el que una vez de la Entidad excelsa
Sintió la gran presencia,

Dudas no abrigará, ni confusiones,
Aunque á una voz el mundo
Oponga á tal verdad sus opiniones.
Más bien dudará el hombre si la tierra,
De lluvias fecundada,
Le regala el sustento,
Que un alma que ha sido visitada
Por tan gran pensamiento,
Pueda dudar que es Dios á quien agrada
Tomar en ella asiento.
Aunque la arranquéis de su glorioso estado,
Y ciega y loca, abandonada sea
En el flujo del mundo despiadado,
No cejará jamás en la tarea
de afirmar: «Lo he mirado»;
Y así su estancia en el infierno fuera,
Allí mismo también lo sostuviera.

Los que en cierto sentido han comprobado que Dios los rodea, y está en ellos y en todas las cosas, serán capaces de comprender cómo un sitio ó un objeto cualquiera puede hacerse «sagrado» por virtud de una ligera objetivación de esta perenne Presencia universal, de tal modo que lleguen á ser aptos para sentirla los que normalmente no se dan cuenta de su Omnipresencia. Generalmente efectúan esto hombres que han realizado grandes progresos, en quienes está muy desarrollada la divinidad interna, y cuyos cuerpos sutiles, por lo tanto, están en aptitud de responder á las más sutiles vibraciones de la conciencia. Por el intermedio de hombres tales pueden esparcirse las energías espirituales, las cuales se unirán á su puro magnetismo vital. Les es dado así el verterlas sobre un objeto cualquiera, y entonces el éter y los cuerpos de más sutil materia de este objeto se acordarán con las vibraciones de aquéllos, conforme á lo ya explicado, y hasta lo divino que dentro del objeto reside, puede manifestarse más fácilmente. Tal objeto queda «magnetizado», y si la magnetización es vigorosa, el objeto mismo se convierte en un centro magnético, capaz á su vez de magnetizar á cuantos á él se aproximen, de igual modo que un cuerpo electrizado por una máquina eléctrica, afectará á otros cuerpos que cerca de él sean colocados.

Un objeto que de esta suerte se ha convertido en «sagrado», es un adjunto de gran provecho para el que se dedica á la meditación ó á la plegaria. Los cuerpos sutiles de éste adquirirán el tono de las vibraciones elevadas de aquél, y se sentirá, en su consecuencia, tranquilo, sosegado y en completa paz, sin necesidad de emplear esfuerzo alguno. Se encontrará, desde luego, en un estado en el cual la plegaria y la meditación son fáciles y fructíferas, en vez de difíciles y estériles; y así un ejercicio ordinariamente penoso, llega á hacerse gratísimo de una manera insensible. Cuando el objeto de que se trata, es una representación de alguna persona sagrada, como un crucifijo, una Virgen con el niño, un ángel ó un santo, se logra más todavía, pues si el

magnetismo del sér representado se ha impreso en su imagen mediante la Palabra y el Signo de Poder apropiados, dicho sér podrá reforzar aquel magnetismo con un ligero gasto de energía espiritual, siéndole posible, en su virtud, hacer llegar su influencia hasta el devoto y aun manifestársele, por medio de la imagen, cosa que de otro modo no efectuaría, pues en el mundo espiritual se tiene por regla economizar las fuerzas, haciéndose el gasto de energía en cantidades pequeñas con relación á lo que se reserva.

De modo análogo, y aplicando las mismas leyes ocultas, puede explicarse el empleo de todos los objetos consagrados, tales como reliquias, amuletos, etc. Todos ellos son objetos magnetizados, más ó menos poderosos ó inútiles, según sea el conocimiento, pureza y espiritualidad de la persona que los magnetiza.

Un lugar se hace sagrado de manera semejante, cuando sirve de morada á algún santo, porque su magnetismo puro, al irradiar de él, pone todo el ambiente en el tono de las vibraciones que dan paz. A veces hombres santos ó seres pertenecientes á mundos superiores magnetizan directamente determinados sitios, de lo cual es ejemplo el caso mencionado en el Cuarto Evangelio, de un Angel que á tiempos descendía á un estanque, y revolviendo el agua, le daba propiedades curativas (1). En tales sitios aun los indiferentes hombres de mundo sienten en ocasiones la bienhechora influencia, experimentando cierta placidez y una inclinación hacia cosas elevadas. La Vida divina que en cada hombre reside, está siempre tratando de subyugar la forma y de amoldarla como expresión de sí propia; es, por lo tanto, fácil de entender cómo esta Vida resultará ayudada en su tarea, cuando la forma es puesta en vibraciones simpáticas con las de un Sér altamente desarrollado, pues el empeño de aquélla viene á ser reforzado por un poder mayor. Este efecto se reconocerá por la sensación de tranquilidad, de calma y de paz que es su consecuencia; la mente pierde su inquietud y el corazón su ansiedad. Cualqnier individuo que á si mismo se observe, podrá darse cuenta de cómo en unos lugares le es más fácil que en otros el sosegar la mente y dedicarse á la meditación, á los pensamientos religiosos y á la adoración. En una estancia ó en un edificio en donde son frecuentes los pensamientos mundanos, las conversaciones frívolas ó las meras corrientes de la vida ordinaria, es mucho más difícil hacer que la mente entre en reposo y se reconcentre, que en los sitios en cuya atmósfera han flotado los pensamientos religiosos año tras año y siglo tras siglo; en ellos sosiega la mente y se aquieta insensiblemente, y lo que en los otros lugares habría exigido serios esfuerzos, se consigue á poca costa en estos últimos.

Este fundamento racional tienen los sitios de peregrinación y los retiros de reclusión temporal; el hombre, recogiéndose en su propio ser, busca á Dios dentro de sí, ayudado del ambiente que han creado millares de individuos que antes de él allí también de igual modo le buscaron. En tales sitios

(1) San Juan, V. 4.

no existe únicamente el magnetismo producido por un solo santo ó por la visita de alguna gran entidad del mundo invisible, sino que cada persona que penetre en ellos con ánimo devoto y reverente y esté además en tono con sus vibraciones, refuerza éstas con su propia vida, dejando los lugares en mejores condiciones que tenían antes de entrar. La energía magnética lentamente se disipa; así que un objeto ó lugar sagrados vienen á quedar gradualmente desmagnetizados si se les abandona; pero se aumentará su magnetismo si se hace uso de ellos. Por el contrario, la presencia del ignorante burlador perjudica á estos lugares y objetos, pues produce vibraciones antagónicas que debilitan á las en ellos existentes. Al modo que una onda sonora puede encontrar con otra que la extinga, dando por resultado el silencio, así también las vibraciones de un pensamiento de mofa debilitan y aun extinguen las que proceden de un pensamiento de reverencia y amor. El efecto variará, ciertamente, según sean las fuerzas de las respectivas vibraciones, pero el daño no puede dejar de producirse, pues las leyes de la vibración son las mismas en los mundos superiores que en el físico, y las vibraciones de los pensamientos son expresión de energías reales.

Con esto se comprenderá la razón y los efectos del consagrarse iglesias, capillas y cementerios. No se verifica la consagración con el mero propósito de hacer público apartado de un sitio que á fines especiales se destina, sino que se le magnetiza en beneficio de todos los que han de frecuentarlo. Los mundos visible é invisible están relacionados entre sí y se compenetran; y por tanto, los que han adquirido el poder de manejar las energías del segundo, están en condiciones de servir mejor al primero.

EPÍLOGO

Hemos llegado al final de un libro pequeño que encierra un asunto grande, donde únicamente hemos levantado una punta del Velo que encubre á la desatenta mirada del hombre la Virgen de Eterna Verdad. Sólo ha podido verse la orla de su vestidura, bordada con oro, y de ricas perlas sembrada. ¿Cuál sería, pues, la inimaginable gloria si, levantado todo el Velo, lográsemos ver el esplendor del rostro de la divina Madre, con el Niño que es la Verdad misma, en sus brazos? Siempre ocultarán sus caras ante ese Niño los serafines; ¿qué mortal podrá mirarlo y seguir viviendo?

Y sin embargo, puesto que en el hombre mora Sér tan excelso, ¿quién podrá estorbar á aquél pasar al otro lado del Velo y ver con la faz descubierta la gloria del Señor? Desde la Cueva á los más altos Cielos se extendió la senda, conocida por Camino de la Cruz, que el Verbo hecho carne recorrió. Los que de la humanidad participan, participan también de la Divinidad; pueden, por tanto, andar por donde Él anduvo. «Lo que Tú eres, eso soy Yo.»

LA PAZ SEA CON TODOS LOS SERES.

«DE LA NATURALEZA DEL UNIVERSO» (1)

POR EL PITAGÓRICO OCELO LUCANO

(Traducción directa del latín, hecha especialmente para SOPHÍA.*)*

PROEMIO

Ocelo Lucano escribió este tratado sobre *La naturaleza del Universo*, donde declara la naturaleza del mismo por medio de opiniones y razones probables á la inteligencia, exponiendo á continuación sus conjeturas (2).

CAPÍTULO PRIMERO

El Universo (Πᾶν) que ya concibo, ni es perecedero, ni tampoco ha tenido comienzo. ¿Cómo, habiendo existido siempre, hubiera sido hecho? De haber estado sometido al tiempo, ciertamente no podría ser perpetuo. Así, pues, siendo ingénito no se podrá destruir. Pero si á sí

(1) Trabajo superior á mis fuerzas y á mis propias ocupaciones el estudio detallado que merecería el último discípulo de Pitágoras, renuncio á hacerle por ahora, aplazándole para más adelante.

He seguido en esta versión, casi puramente literal, la lección latina de Nogarola, más antigua y de más valor á mi juicio que la Vizzani, atendiendo á la vez al texto griego.

Del mérito y valor de la presente obra de Lucano ú Ocelo Lucaniense, nada he de indicar que en el mismo texto no pueda advertir el menos avisado. Las principales hipótesis de la ciencia oficial contemporánea se manejan por el autor como cosa conocida y corriente. Hay cosas que podrían firmar Schelling, Darwin, Spencer. Sugestiones místicas que tienen la amplitud de las de Emerson ó Coleridge.

Es una voz amiga que se esfuerza en decirnos algo desde la otra orilla de la vida. Desde el pasado.—*El traductor*.

(2) Este párrafo lo separo del texto, porque realmente constituye el prólogo de la obra, escrito desde luego por algún colector.—*(El traductor.)*

mismo se ha engendrado, ha de reputársele por nacido, aunque de ningún modo capaz de perecer y disolverse, puesto que principalmente una porción del mismo existe antes de que fuese engendrado: la última en la que al fin habrá de resolverse.

Sin embargo, si el Universo (Πᾶν) fué engendrado, igualmente fueron engendradas todas sus partes, y si pereciere juntamente con las mismas pereciera su obra y él mismo muriese. El Universo (Πᾶν), pues, no tiene principio ni fin, ni aunque los hubiese sucedería aquéllo de otro modo (1).

Obsérvese además de esto, que en el comienzo de cualquier generación ofrécense, hasta en sus partes más distantes, estos dos movimientos que á toda generación le son necesarios, á saber: la tendencia de lo pequeño á agrandarse y la de lo incompleto á perfeccionarse. La sucesión de estos cambios condúcenla, pues, desde su origen al estado á que ha de llegar, oponiendo á la mayor lo menor, y á lo mejor lo imperfecto que en sí misma contiene, verificando estos cambios ó mutaciones hasta el término que llamamos disolución y muerte.

Es de presumir que si el Universo (Πᾶν) y todo lo engendrado (ὅλον) fuese perecedero, aquellas tendencias de lo pequeño á agrandarse y de lo incompleto á la perfección, seria por necesidad mudables; y y del mismo modo el cambio se sucedería de lo mayor á lo pequeño, y de lo perfecto á lo incompleto. Así el Mundo (Κόσμος), si es que ha sido engendrado después de haber acrecentado su estado recibido, empezará inmediatamente á decrecer hasta llegar al fin. Porque toda naturaleza progresiva tiene tres términos y dos señalados intervalos: la generación, la existencia y la muerte, y los espacios que median entre la generación y la existencia y la existencia y el fin.

El Universo (Πᾶν) y el Todo (ὅλον) no nos suministran ningún indicio; y ya los consideremos comenzando al mismo tiempo, habiendo sido hechos grandes y perfectos, ya habiendo surgido imperfectos y pequeños, percibimoslos siempre como unos y los mismos tal como para si existen.

De esto último sí que poseemos, por cierto, perspicuas y evidentes señales en su orden manifiesto, en su simetría, figura, lugar, espacio; en sus facultades, en la presteza y tardanza de sus movimientos, así como en su proporción, su número y su sucesión y cambios en el tiempo. Del mismo modo, pues, todas las cosas mortales y engendradas se hallan sometidas al curso de la naturaleza, y al cambio que se

(1) En la lección de Vizzani este párrafo aparece unido al anterior.—(R. U.).

aminora desde su comienzo: las que son susceptibles de progreso pueden alcanzar la plenitud del estado, mientras que las no susceptibles de aquél, perecen faltas de energía.

Al Todo (ὅλον) y al Universo (Πᾶν) compréndolos bajo la designación de Mund o(Κόσμος), ya que las diversas cosas del mismo puede decirse que han sido llamadas á la existencia para constituir su adorno. El conjunto de todas las naturalezas es absoluto y perfecto, no pudiendo absolutamente nada constituirse sin su cooperación; y así, cualquier cosa que llega á ser, del Universo (Πᾶν), y para el Universo (Πᾶν) es; al que ya propiamente vemos como todas las cosas, ya como el continente de las adventicias y externas.

El Mundo (Κόσμος), pues puede decirse que está constituido por el Mundo (Κόσμος) mismo, y que no tiene ningún parentesco ni acuerdo sino consigo. Las cosas más pequeñísimas y menos perfectas que podemos concebir participan necesariamente de su naturaleza, y no podemos por menos de verlas constituídas por ella, con la que están unidas en íntimo enlace, y sin lo cual carecerían de sostén y apoyo. Los animales participan del aire que respiran; nosotros de la luz que miramos, así como de todas aquellas cosas que son peculiares de nuestros propios sentidos. Las raíces de las plantas reciben su jugo de la tierra. El Sol, la Luna, en fin, las estrellas y los planetas, aunque se ofrecen como distintos del Mundo (Κόσμος) intégranlo como adornos suyos; porque el Mundo (Κόσμος) es un algo consolidado y unido.

¿No es evidente, facilísimo, comprender cuánto hay de verdadero en lo que decimos? ¿Las cosas que participan de la fuerza del calor, no tienen la misma calidez del fuego? ¿Si la miel no participase de una naturaleza dulce y suavísima, podría proporcionárnosla? De la misma manera se evidencian en las cosas ocultas sus razones y principios exquisitos, porque han sido hechas perfectas y tienen en sí mismas una fuerza absolutamente perfecta. Evidencia que también se observa en la constante y uniforme conservación de la permanente voluntad que poseen las cosas por su naturaleza armónica y apta. Así, el Mundo (Κόσμος), que ha sido hecho porque lo fueron las demás cosas que conserva y perfecciona alrededor suyo íntimamente, es eterno y permanente en el tiempo, teniendo la misma razón para tener un autor que las cosas que duran y se mantienen en la perpetuidad.

Si enteramente pereciese el Universo (Πᾶν), ya él mismo, ya lo que le constituye, de un modo necesario se disiparía en la nada: lo que es él dejaría de serlo, moriría, puesto que las cosas del mismo, aunque no muriesen en sí, quedarían disueltas, separadas. Nada de lo que hay

habría, sino una porción del Universo (Πᾶν). Mas lo que no puede haber sido hecho, ni puede salir sino de la nada, es eterno, así es como el Universo (Πᾶν) no está sujeto á la muerte.

Si ha de considerarse como destruído á algún ser del mismo (Universo), su disolución provendrá de una causa inferior del Universo (Πᾶν), de dentro de él, porque nada ha sido hecho fuera del Universo (Πᾶν) donde todas las causas se contienen, como el Todo (ὅλον) y el Universo (Πᾶν) se hallan juntamente en el Mundo (Κόσμος). Las mayores y más valiosas causas son de su pertenencia; lo mismo el sér perspícuo que el falaz. Á él sirven y están encadenadas la Vida y el Animo, y ninguna poderosa causa interior ó exterior destruirá al Universo (Πᾶν). El Mundo (Κόσμος), en fin, á quien consideramos sér como el Universo (Πᾶν), de ningún modo puede destruirse ni disiparse.

Mirada así, en conjunto, la naturaleza del Universo (Πᾶν), alcanzamos á ver la continuación de los cambios que en sus partes se opera desde el principio, congregándose todas las cosas para seguir la progresión comenzada—no la del primer impulso, sino la de cada uno de los cuerpos que en el orbe se incluyen—progresión digo, y no cambio de lugar, porque no es la traslación de sitio.

Así, el fuego se constriñe íntimamente, se densifica el aire, y pasa al agua, y el agua llega á producir la tierra. Alternativamente gira ese círculo de mudanza y la tierra produce el fuego y el agua. Los árboles dan sus frutos y la abundancia de sus raices da nuevas semillas que ofrecen nueva cosecha nuevamente disuelta en la naturaleza.

El hombre y los animales inferiores tienen un término (conclusión) en su naturaleza; así en su primera edad no retroceden y vuelven sobre si mismos, en cierto modo, mudándose alternativamente en circunstancias contrarias, como por ejemplo, el fuego y el aire, el agua y la tierra, sufren esas cuatro vicisitudes juntamente disolviéndose y pereciendo al concluirlas. He aquí, pues, un indicio ó señal para creer que al Universo (Πᾶν) le pasa algo semejante en su contenido, cuyo sér permanece y conserva y cuyas partes adventicias mata y destruye.

Sobre la figura del Universo (Πᾶν), su movimiento, su tiempo y su substancia, como no fueron hechos teniendo en cuenta principio y fin, apelando á nuestra fe, vemos que el mundo (Κόσμος) ni ha sido engendrado ni ha sido hecho. La forma globular de su figura es semejante en todas sus partes é igual no teniendo un principio ni un término. Sus cambios son del género tan abundante en el orbe: firmes, estables y no diferentes del primer estado. Su tiempo, en el que sus cambios ocurren es infinito, porque como su movimiento, no tiene principio ni fin.

Finalmente, la substancia del Universo (Πᾶν) ni es susceptible de aumento, ni de cambio, no pudiendo revertir la mala en buena y viceversa. Así el Todo (ὅλον) como la Tierra (πλουτός) no habiendo tenido origen, ni teniendo fin, se basta á sí mismo.

(Traducción de Rafael Urbano).

(Se continuará.)



SOBRE UNA CONCIENCIA UNIVERSAL

. . . .

El mundo tiende á un fin y trabaja en una obra misteriosa. Hay algo que se desenvuelve por una necesidad interior, por un instinto inconsciente, análogo al movimiento de las plantas hacia el agua ó hacia la luz, al ciego esfuerzo del embrión para salir de la matriz, ó á la íntima necesidad que preside á las metamorfosis del insecto. El mundo trabaja para algo; *omnis creatura ingemiscit et parturit*. El gran agente de la marcha del mundo es el dolor, el sér descontento, el sér que quiere desenvolverse. La felicidad sólo engendra la inercia; el dolor es el principio del movimiento.

Unicamente la presión es lo que hace subir el agua y dirigirla. La pubertad de la mujer viene de un huevo madurado para vivir y que quiere vivir. Desde la arteria, pentágono que digiere, organismo extrañamente posible, hasta el hombre más completo, todo aspira á ser, y á ser de menos á más. Todo lo posible quiere verse realizado; toda realidad aspira á la conciencia, y toda conciencia obscura aspira á iluminarse. Como un vasto corazón henchido de un amor impotente y vago, el universo está sin cesar sujeto al dolor de las transformaciones. El cuerpo organizado tiende á formar un tipo, al crecer adquiere todas sus partes y se crea órganos para desenvolver cierta fuerza ciega, de la cual puede predecir de antemano los efectos. Cada tipo saca de su esencia todo lo que es posible á su perfección egoista. Y esto que se dice del animal puede aplicarse á un pueblo, á una religión á todo gran hecho viviente; lo mismo puede decirse de la humanidad que del universo todo. Se siente

un inmenso *nisus* (1) universal para realizar un designio, llenar una masa viviente y producir una unidad armónica: una conciencia. La conciencia del todo aparece hasta aquí muy obscura, no parece sobrepujar en mucho á la del pólipo, pero existe. Seguramente el mundo camina hacia sus fines con un instinto seguro. Yo tengo el materialismo mecánico de los sabios de fines del siglo XVIII por uno de los mayores errores que se pueden profesar.

. . . .

Es necesario, ante todo, ponerse de acuerdo sobre lo que quiere decir la palabra conciencia. Seguramente una conciencia sólo es completa cuando viene á parar á una identidad individual, á su *sensorium* único, constituído por una masa nerviosa y que pone en movimiento un organismo determinado. Hay, sin embargo, colectividades vivientes que son personalidades. Las naciones como Francia, Alemania, Inglaterra; las ciudades como Atenas, Venecia, Florencia, París, obran á la manera de personas, teniendo un carácter, un alma é intereses determinados. Se puede hablar de ellas como se habla de un individuo; tienen, como el sér viviente, un instinto secreto, un sentimiento de su esencia y de su conservación, y pueden ser comparadas con el animal, tan ingenioso, tan profundo cuando se trata de salvar su sér ó de asegurar la perpetuidad de su especie. Lo mismo puede decirse de las iglesias, de las religiones, de las asociaciones constituídas por elementos orgánicos; todas ellas obran exactamente como individuos. El progreso más grande de la psicología moderna ha sido la demostración de que la vida de la planta y la del animal no son más que el resultado de otras vidas armónicamente subordinadas y concurriendo á un concierto único. La vida del vertebrado es la resultante centralizada de la individualidad de cada vértebra: un árbol es la consonancia de millares de hojas. La conciencia misma es una resultante de millares de conciencias concurriendo á un mismo fin. La célula es ya una pequeña concentración personal; muchas células reunidas forman una conciencia de segundo grado (hombre ó animal). Las conciencias de segundo grado forman las de tercero; conciencias de ciudades, de iglesias, de naciones, conciencias producidas por millones de individuos viviendo de una misma

(1) Esfuerzo.

idea y teniendo sentimientos comunes. Para el materialismo sólo el átomo existe en toda la plenitud; pero para el verdadero filósofo, para el idealista, la célula existe más que el átomo, el individuo existe más que la célula y la nación, y la iglesia ó la ciudad más que el individuo, puesto que el individuo se sacrifica por estas entidades, que un realismo grosero mira como puras abstracciones.

El amor es para mí la manifestación más grande, más evidente de esta ley íntima de la vida. El amor no se explica más que por la preexistencia de las conciencias de los gérmenes. El individuo adulto lleva en sí á millones de conciencias obscuras, anhelando ser, aspirando á ser y teniendo el sentimiento de las condiciones de su desarrollo, que le hacen dividir sus deseos y sus tristezas. El hombre más virtuoso no puede impedir que en las profundidades de su organización miles de criaturas griten: «¡Queremos ser!» Estos *homunculi*, que yo llamaría *instintos voluntariosos* de los hombres, virtuales, idénticos á nosotros y formando parte de nosotros, ven con nuestros ojos, sienten con nuestros sentidos y juzgan instintivamente las condiciones por medio de las cuales, saliendo de su prisión, podrían tomar vida.

He aquí por qué el amor y el deber son uno de los datos fundamentales del arte elevado; el primero nace en nosotros de una manera ineludible y sin tener ningún lazo con la convicción moral. Los pequeños séres de que toma vida no son morales, no han leído á Malthus; sólo aspiran á existir plenamente, no participan de nuestros refinamientos, no comprenden nuestras objeciones morales; tienen, en suma, su moral independiente de nuestra conveniencia y de nuestras leyes. De aquí la tirantez entre la filosofía abstracta y las sencillas apreciaciones de esos gérmenes vivientes que existen en nosotros, que son parte de nosotros, que queriendo, nos hacen querer; entre un sér reflexivo que aprecia la consecuencia de sus actos y un pequeño embrión que no tiene otro deseo que existir. Esta es la razón por la cual el instinto sexual se despierta á veces en nosotros hacia personas por quienes frecuentemente hemos sentido un completo desprecio, porque el *humunculus* elemental no consulta más que sus conveniencias ante la necesidad de ser. De aquí las dificultades sin cesar nacientes de la sociedad, el matrimonio perfecto, suponiendo á la vez la estimación moral y el amor sexual,

dos cosas que pueden ir juntas, pero que del mismo modo pueden muy bien no estar de acuerdo.

La misma consecuencia, á saber: la individualidad del germen, se observa en la sucesión y en el atavismo. El desarrollo primero del embrión, la manera según la cual cada individuo despliega su vida, es el resultado de hábitos y de experiencias adquiridas por séres anteriores. Cada sér ha vivido en sus abuelos, ha probado su aptitud y ha obedecido á sus deseos y á sus sentimientos dominantes. El último nieto del siervo está encorvado todavía; el esclavo emancipado tiembla intintivamente delante del que hizo temblar á su abuelo. Las mismas perversiones del instinto sexual ¿son otra cosa que errores del sér elemental, cediendo á falsas indicaciones en los casos en que no las dirige lo que los estóicos llamaban la facultad *hegemónica*: la razón?

. . . .

Se concibe además una conciencia que resuma las otras, aun las pasadas, y que las abrace en cuanto hayan trabajado hacia el bien, hacia lo absoluto. En esa pirámide del bien, levantada por los esfuerzos sucesivos de los seres, cada piedra tiene su valor. El egipcio del tiempo de los Faraones existe aún por la piedra que colocó; lo mismo sucedería al hombre que colaborase con la obra de la eternidad. Vivimos en proporción á la parte que hemos tomado en la edificación del ideal. La obra de la humanidad es el bien; los que hayan contribuído á su triunfo *fulgebunt sicut stellæ*. Aun en el caso de que la tierra sólo sirva de piedra para la construcción de un edificio futuro, seremos en él lo que la concha geológica en el bloque destinado á levantar un templo. Esa pobre trilobita, cuya huella ha quedado estampada en el espesor de nuestros muros, vive todavía un poco allí, todavía forma parte de la casa.

. . . .

El hombre vive en su obra y esa vida nos es mucho más querida que la vida del cuerpo, puesto que esta última la sacrificamos voluntariamente en aras de aquélla. Notad bien que no hablo solamente de la vida de la opinión, de la refutación, del recuerdo. Esto, en efecto, no bastaría, muchas veces es injusto. Los mejores son los que huyen de ella. Tamerlán es más célebre que muchos justos ignorados. Marco Aurelio sólo tiene la reputación que merece por haber sido emperador y por haber escrito

sus pensamientos. La verdadera influencia es la influencia oculta; no porque la opinión definitiva de la historia sea completamente falsa, sino porque peca desde luego por la proporción. Un hombre ignorado ha podido ser más grande que Alejandro; un corazón de mujer, que no ha dicho nada en su vida, ha sentido tal vez más que el del más armonioso de los poetas. Hablo de la vida por influencia, ó según la expresión de los místicos, de la vida en Dios. La vida humana deja por su reverso moral, marcado á la manera de una punta de compás, una huella en el seno de lo infinito. El arco del círculo trazado en Dios no tiene más fin que Dios. En su memoria es en la que los hombres son inmortales. La opinión que la conciencia absoluta tiene de él, el recuerdo que de él conserva, esa es la verdadera vida del justo y esa vida es eterna. Sin duda alguna hay antropomorfismo en conceder á Dios una conciencia como la nuestra, pero el uso de las expresiones antropomórficas en teología es inevitable; no hay en ellas más inconveniente que el que pudiera haber en el empleo de cualquier otra figura ó metáfora. El lenguaje en este punto se hace imposible si se le lleva á un exceso de pureza...

La conciencia es tal vez una forma secundaria de la existencia. Tal palabra no tiene ya sentido cuando se quiere aplicar al todo, al universo, á Dios. Conciencia supone una limitación del *yo* y del *no-yo*, que es la negación misma del infinito. Lo que es eterno, es la idea. La materia es cosa completamente relativa, no es realmente lo que es, es el color que sirve para pintar, el mármol que sirve para esculpir, el estambre que sirve para bordar. La posibilidad de hacer existir de nuevo lo que ha existido ya, de reproducir todo lo que ha tenido realidad, no podrá ser negada. Apresurémonos á decirlo: toda afirmación en semejante materia es un acto de fe, pues quien dice un acto de fe dice un acto yendo más allá de la experiencia (no digo contradiciéndola). Después de todo, ¿es presuntuosa nuestra esperanza? ¿Es interesada nuestra demanda? No; no ciertamente. Nosotros no pedimos una recompensa: pedimos simplemente ser, saber más, conocer el secreto del mundo, que con tanta avidez hemos buscado, el porvenir de la humanidad, que nos ha preocupado tanto. Para mí, esto es permitido. Los que toman la existencia como un deber, no como un goce, tienen derecho á ello. En cuanto á mí, no reclamo precisamente la inmortalidad; pero quiero dos cosas: Primero, no haber ofrecido á la nada, al vacío, los sacri-

ficios que ha podido hacer por el bien y por la verdad y por los que no pido ser pagado; que estos sacrificios sirvan para algo... Segundo, que lo poco que he hecho fuera para que alguno lo continuase: quiero el aprecio de Dios, nada más. ¿Es ésto exhorbitante? ¿Reprocharemos al soldado moribundo por interesarse en el resultado de la batalla y por querer saber si su jefe está contento de él?

La sensación con el organismo que la produce, el efecto, desaparece con la causa. Al descomponerse el cerebro, ninguna conciencia, en el sentido ordinario de la palabra, puede persistir. Pero la vida del hombre en el todo, el lugar que en él ocupa, su parte en la conciencia general, esto es, lo que ningún lazo tiene con su organismo, lo que es eterno. La conciencia tiene una relación con el espacio, no reside en un punto por más que sienta en un espacio determinado. La idea no lo tiene, es lo inmaterial, pero ni el tiempo ni la muerte pueden nada sobre ella. Sólo el ideal es eterno; nada queda más que él y él sólo es lo útil.

Consolémonos, pobres víctimas; un dios se hace con nuestras lágrimas.

Ernesto Renan.

(De los *Diálogos filosóficos*.)

EN MOMENTOS DIFÍCILES

Mi cuerpo decae, mi espíritu está conturbado y mi corazón flaquea. Siento que tiende á descomponerse este *agregatum* de mi individualidad, y que la fuerza que lo formó y lo sostuvo trabaja para su destrucción. He aquí mi cuerpo reunido con los cuerpos, mi soplo con el soplo, mi voz con la voz, mi deseo con los deseos... y mi yo, *mi yo* se acoge á este hábito de divinidad que rodea al mundo en giros eternales. *Amor est circulus bonus*...

***

Esto ¡oh discípulos! no es vuestro cuerpo, ni el cuerpo de otros, son los anhelos de muchas generaciones que, concretados por el pensamiento, se han hecho carne. (*El Buddha.*)

* * *

¡Oh muerte, última amiga de justos y pecadores, calumniada muerte, á quien los hombres alejan de los labios y del pensamiento! Yo me atrevo á hablar de ti con un poco de cariño en mis palabras. Abiertas están para ti las puertas de mi casa y y de mi corazón. ¿Cuándo? ¿Cómo vendrás?... Aquí te espero en este hermoso mundo bajo el sol resplandeciente, trabajando en la obra de mi propia depuración. Cuanto más tarde vengas, la obra estará más adelantada, pero de todos modos la pondré en tus manos para que tú la termines.

* * *

¡Cuán dulce debe ser en el supremo instante, sentirse el objeto de esta pura acción eternamente renaciente! Que lo que nos ha formado nos transforme: ¿qué hay en esto de injusto y malo? Para mi espíritu cansado, es más fácil comprender la acción de Dios en su perfecto deshacer que en su renovación eterna... Quisiera salirle al encuentro, asociarme á su impulso destructor. ¡Acojedme, fuerzas eternales! Enfermedad, Dolor, Muerte... tomad aquí mi personalidad que se ofrece pronta á deshacerse.

* * *

Tú eres hoy como una hoja seca y amarilla. Los compañeros de Iama te rodean. Héte aquí en el umbral de tu partida, sin tener todavía provisiones para el camino (*El Dhammapada*).

* * *

Leo hoy en el Sutra que preguntando Bhagavat á los bramanes cuál era la duración de la vida, y respondiendo uno de ellos que como el intervalo de diez días, contestó Bhagavat que poco había avanzado en su camino. Dijo otro braman que la vida era como el tiempo de almorzar por la mañana y también éste para Bhagavat había poco adelantado en su camino. Dijo, por fin, un tercero: La duración de la vida humana es como el

tiempo de una respiración. Respuesta de Bhagavat: «Bien está, hijo mío, tú puedes decir que has avanzado en el camino.»

También para éstos el yugo es fácil y la carga ligera. También para éstos el vivir es dulce como un soplo y el camino corto cuando se recorre con el ánimo sereno. Confianza, valor, fuerzas absolutas, ¿por qué habéis abandonado mi corazón?

* * *

No hay razones para temer la muerte, pero tampoco las hay para desearla demasiado. Hay dos maneras de desear la muerte: la del alma cobarde que, arrastrada por la corriente se fatiga, teme y quisiera volverse atrás, y la del que, cruzando ansiosamente el río, contempla las frescas sombras de la otra ribera.

Ciertas individualidades por falta de vitalidad no llegan á sostenerse; una vitalidad exuberante tiende á su vez á la destrucción. El místico es el extremo opuesto del suicida. Pero á veces los extremos se tocan y hay tantos suicidios morales entre los aprendices de santo.

* * *

¡Cuán pocos entre los hombres consiguen la otra ribera! El común de los mortales no hace más que correr á lo largo del margen de acá. Aquéllos que después de haber aprendido convenientemente la ley, viven conformándose á ella; serán éstos los que lleguen al otro lado del río. ¡Difícil de atravesar es el reinado de la muerte! (*El Dhammapada.*)

* * *

Ya no me pregunto qué cosa es el Espíritu. Yo no lo sé porque no tengo una medida mayor conque abarcarlo. Lo concibo vagamente, como una aspiración impersonal hacia la perfección absoluta. Y digo impersonal porque me doy cuenta de que ese Espíritu que, limitado en mí, es la razón de mi existencia, es el mismo Espíritu que á través de mil apariencias fugitivas descubro á mi alrededor.

* * *

Así como un pedazo de sal disuelto en el agua se pierde en el agua, pero el agua, donde quiera que se tome, está salada, así en verdad sucede con este gran Sér, plenitud del conoci-

miento que se manifiesta en los seres y en ellos se desvanece. (*Aranyaka Upanishad.*)

* * *

La hoja no es distinta del árbol; es el árbol mismo. El *yo* no es distinto del Espíritu, es el mismo Espíritu. Una misma savia circula por todas las hojas del árbol: un mismo soplo vivifica todos los seres. Pero la hoja del árbol vive como hoja y como árbol: Y nuestro *yo* vive como determinación individual y como Espíritu ilimitado. Si la hoja se desgaja del árbol deja de vivir la vida del árbol. Si la personalidad se limita en sí misma, deja de vivir la vida eterna.

* * *

Recuerdo que una noche junto al mar, pasé no sé cuánto tiempo á solas con la luna—esta blanca confidente de los anhelos que no se atreven á salir á los labios. Yo me sentía entonces como una mínima ondulación en la flotante vestidura de Dios, pliegue que en un momento se forma y desaparece fundiéndose en otro.

Allí me dí cuenta de que la imperfección no consistía en algunas condiciones accidentales de mi alma, sino en mi propia esencia limitada que, separando mi personalidad de las otras personalidades, le impedía abismarse en la plenitud de la existencia. Entonces me alegré con la idea de que un día caerían las murallas y *yo* empezaría á ser, pero ya no sería *yo,* cuando libre de mí mismo sobreviviera más allá de los siglos en esta pura acción, que en todas partes se nos manifiesta y con más claridad en el fondo del alma humana.

* * *

Levántate y anda. Levantarse, he aquí cosa ligera. Andar, ¡cuánto ya más difícil! ¿Hacia dónde, Señor? ¡Márcame un camino que sea el tuyo y he de seguirle con el corazón alegre!

* * *

¡Hay muchas auroras que no han brillado todavía! ¡Haz que las veamos, oh Varuna! (*Rig Veda*).

LUIS DE ZULUETA.

(De la revista barcelonesa *Pel et Ploma*, núm. 90).

EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(Continuación.)

SEGUNDA PARTE

LAS CONSECUENCIAS DEL HILOZOISMO

I.—Universalidad de la vida.

Con la ayuda de la inducción nos hemos elevado desde la materia al espíritu, y es justo que una vez en posesión del último, deduzcamos todos los atributos que en cuanta cosa unida al orden físico le pertenecen. Mas hay dos eventualidades tocante á esto: los atributos en cuestión, ó son en sí y por sí espirituales, ó son vitales, esto es, materiales y espirituales á la vez. En uno y en otro caso el espíritu se releva como existencia substancial. Para el hilozoista, si alguna diferencia puede hacerse entre unas y otras clases de seres, es una diferencia de mero grado, de simple desarrollo. Estas diferencias ni se contrarían, ni se destruyen, ni dependen en gran parte de la mecánica pura. La primera consecuencia de semejante modo de ver es que la actividad del espíritu es universal. Puede decirse, por consiguiente, que esa actividad supone una continuidad de la energía vital en el universo. Hasta cabe afirmar que encierra en todos y en cada uno de los puntos del espacio las energías particulares que se despliegan en los seres vivientes. Esta conclusión se opone á un prejuicio experimental tan infundado como antiguo, y quizá no hay en esta disertación idea que pueda hallar acogida más recelosa. Como quiera no dejamos por eso de tener en su apoyo las generalizaciones de la razón filosófica y especulativa, y entre los mismos sabios empíricos no falta quien se haya complacido en afirmarla y aun en intentar su exposición en cuadros de brillante colorido.

«Cuando el hombre, dice Humboldt (1), interroga á la naturaleza con su curiosidad penetrante ó mide con su imaginación los vastos espacios de la

(1) *Ansichten der natur*, l. IV.

creación orgánica, de todas las emociones que experimenta la más poderosa y la más profunda es el sentimiento que le inspira la plenitud de la vida esparcida universalmente. Por todas partes y más allá de los polos helados, el aire resuena con el canto de las aves y el zumbido de los insectos. La vida respira, no solamente en las capas inferiores del aire en donde flotan vapores densos, sino en las regiones serenas y etéreas. Siempre que se ha trepado ya á la cima de las Cordilleras del Perú, ya en la orilla meridional del lago de Ginebra á la cumbre del Monte Blanco, se han encontrado en estas soledades seres animados. He contemplado en el Chimborazo, á alturas que exceden cerca de 2.600 metros la cima del Etna, mariposas y otros insectos alados. Aun suponiendo que hubiesen sido arrastrados por corrientes de aire ascendentes, y que vagasen como extranjeros en estos lugares á que el deseo vehemente de conocer conduce á los hombres más tímidos, su presencia prueba, sin embargo, que, como más flexible, la organización animal resiste mucho más allá de los límites en que expira la vegetación. A menudo vi al gigante de los buitres, el condor, cernerse sobre mi cabeza, más alto que la cima nevada de los Pirineos, que superaría al pico de Tenerife, más alto que todas las cimas de las Indias. Esta ave poderosa era atraída por su rapacidad á la persecución de las vicuñas de sedosa lana, que reunidas en rebaños, andan vagando de una parte á otra, como las gamuzas, por los pastos cubiertos de nieve.»

Max Nordau (1) refiere un hecho notable que Darwin (2) fué el primero en observar en las rocas absolutamente desnudas de San Pablo, en medio del Océano Atlántico. Dos especies de pájaros se encuentran allí: el buaro, especie de cernícalo, y una especie de golondrina de mar, el gran pigargo Buffón. Sobre los pájaros estos, viven como parásitos una mosca, una especie de garrapata y un pteróforo. Con sus excrementos se alimentan una especie de estercorario y una larva de la madera. Numerosas especies de arañas tienden su tela en la que se quedan sujetas las moscas y las tartarmas, y puede añadirse lo que no dice Darwin, que alrededor de estos animales superiores bulle seguramente todo un mundo de seres microscópicos, de infusorios, micrococos y bacterias. Basta, pues, con que un solo pájaro pose su nido en San Pablo, para transformar inmediatamente la árida roca en un medio adaptado á la nutrición de una serie bastante vasta de criaturas, que sin este pájaro, no podrían subsistir un solo día en aquel paraje.

Estos descubrimientos nos autorizan, pues, plenamente á adelantar que en cada cuerpo hay una infinidad real de fuerzas simples. Porque si la vida se fracciona y se divide en maravillosos organismos para quienes una gota de rocío es habitación tan holgada como el Océano para el cetáceo desmesurado; para quienes un insignificante tallito de hierba es un árbol inmenso y majestuoso, cuya sombra les proteje contra los ardores del sol; para quie-

(1) *Psycho-physiologie du genie et du talent*, I.
(2) *Journal of Researches during the voyage of the Beagle*, c. I.

nes un granito de arena es una roca y un imperceptible agujerito del suelo una caverna sombría en cuyo fondo divisan lo que á nosotros no nos es dado percibir; si lo que apenas mueve nuestro interés les debe parecer á ellos prodigioso, ¿no hay motivo para preguntarse si la vida tendrá allí otro mundo, un mundo de más íntima realidad con la naturaleza? ¿No hay razón hasta para sospechar si esos pobres seres, al alzar sus diminutas cabezas y fijar en el cielo sus pequeños ojos, se sentirán anonadados por la contemplación de lo infinito?

Esto discutía Mahoma con sus amigos y en esto piensan en sus experimentos cuantos manejan el telescopio y el microscopio, esas dos magias de invención humana. «Laplace—observa Picatoste—(1) hacía frases en la arquitectura de los cielos, y Presas en la mecánica de los átomos químicos; el uno en lo infinitamente grande y el otro en lo infinitamente pequeño; aquél entre los millones de leguas que separan los astros y éste entre la intimidad de las moléculas. «El universo—me dijo un día Presas—cabe en el entendimiento; pero la presión y la velocidad del átomo no caben en la imaginación.» Toda la química moderna lo está demostrando... Laplace aseguró que no había necesitado la hipótesis de Dios para construir su sistema y hacer sus cálculos, mientras que Liebig le admira en las combinaciones químicas. El Autor de la naturaleza es grande cuando se le descubre en la inmensurable extensión de los cielos; pero es inmenso cuando se esconde en la pequeñez de la molécula y del átomo... El mundo microscópico abisma la inteligencia. Donde la vista más perspicaz no alcanza, donde la fantasía no había concebido, siquiera como un delirio, la existencia de la vida, hay millares de millones de células llenas de gérmenes de una vitalidad asombrosa. Las fuerzas desarrolladas en las combinaciones químicas son incalculables; los ruidos que producen las disoluciones son estallidos inmensos de la materia que se disgrega; los gritos de los insectos no caben dentro de nuestra escala musical; los latidos de la tierra, observados en la última erupción del Vesubio, han hecho este fenómeno comparable á los latidos de la sangre en las hemorragias. El micrófono ha traído la vida microscópica al oído.»

¿Podremos algún día descorrer directamente el velo que cubre estos misterios? «¿Llegaremos—se pregunta Cotta (2)—perfeccionando mucho nuestros instrumentos, á ver á los microzoarios como una raza de gigantes en un mundo de pigmeos dotados de organismos más pequeños todavía?» «El *rotífero*—añade Büchner (3)—que no es más voluminoso que la décima ó vigésima parte de una línea, está provisto de boca, mandíbulas dentadas, estómago, glándulas intestinales, vasos y nervios. La *mónada*, tan ligera como una flecha, mide la dosmilésima parte de una línea, y una sola gota de líquido contiene millones de estos animalillos. Los *vibriones*, infusorios también de

(1) *Las frases célebres*, III, 3.
(2) *Geologie der Gegenwart*, III.
(3) *Kraft und stoff*, c. IV.

la especie más pequeña, aparecen, mirados con el microscopio, como agrupaciones de puntos pequeñísimos en vibración y apenas perceptibles, contándose en una sola línea cúbica más de cuatro mil millones. Estos animales tienen órganos de locomoción, y el género de sus movimientos no permite dudar de que experimenten sensaciones y posean voluntad, debiendo estar, por consiguiente, provistos de órganos y de tejidos susceptibles de reproducirlos. Pero nuestra vista no ha podido aún darnos cuenta de la forma de estos órganos, tejidos ni elementos materiales que constituyen el principio de su conformación. Los granos de semilla de una seta que se encuentra en Italia en las uvas, son de una pequeñez tal, que un glóbulo de sangre humana parece, mirado con el microscopio, un gigante al lado de este grano. Los mismos glóbulos sanguíneos son tan ténues, que en una gota de sangre se cuentan más de cinco millones. Este grano posee la fuerza orgánica de la generación: organización singularmente complicada de los elementos materiales, de que no podemos formarnos idea, y que nos señala así el límite de nuestra fuerza visual. La materia de los cometas es, según Babinet, tan fina, tan delicada, que su densidad con relación á la del aire atmosférico, no puede representarse sino por medio de una fracción cuyo numerador es la unidad, y cuyo denominador es igual á un número de ciento veinticinco cifras, pudiéndose además descubrir por el nuevo análisis del espectro la existencia en la atmósfera de una materia igual á la tresmillonésima parte de un milígramo, molécula que sería completamente imperceptible por nuestros sentidos, aun cuando llegáramos á hacer que nuestros microscopios fueran mil veces más fuertes.» «Los microscopios más fuertes—escribe á este propósito Valentín—(1) no presentarán jamás á nuestra vista la forma ni la posición de las moléculas, ni aun las agrupaciones de las menores moléculas. Un grano de sal, que apenas nos hace impresión en el paladar, contiene billones de grupos de átomos que la vista humana jamás llegará á percibir.»

Cada paso que da el hombre es el aplastamiento de un mundo; á cada paso impide que nazca un pueblo entero de seres infinitamente diminutos. El aire borra de las márgenes del agua evaporada infinidad de animalitos microscópicos, indiferentes, que ofrecen todas las señales de la muerte; pero desde que el rocío de la mañana los atrae á la tierra, cárganse, por decirlo así, de efluvios de deseo, y se desbordan y crecen y se reproducen. Miles de organizaciones imperceptibles vuelan por los mares bajo el calor de vida que irradia el sol, y transportan la suya de un continente á otro. La atmósfera, ese medio vital supremo, es á la vez un torrente henchido de gérmenes, un derroche de existencias, de huevos de insectos, de semillas de plantas, que sostenidas por flecos de pelitos ó de plumitas, marchan para las largas peregrinaciones del otoño. En las flores dioicas, los vientos ó los insectos son los encargados de llevar el polen masculino hasta el paraje en que solitaria y con el pistilo hinchado de voluptuosidad, espera la planta hembra.

(1) *Lerbuch der physiologie*, II, 146.

Y esas influencias impalpables atraviesan y bañan toda la materia orgánica, haciendo proclamar á la fisiología moderna la sublime exageración de que todo ser viviente sobre la tierra es aire organizado.

La vida es desasosiego de que todas las formas se resienten: lo mismo las del seno de la tierra que las de las aguas derramadas en su superficie; lo mismo las de las aguas que las que se mantienen flotantes en la capa gaseosa de nuestro globo. Imposible decidir cuál es la esfera que marca su profusión sin límite. En las selvas como en los valles, debajo del agua como en las montañas, en los climas del Trópico como entre los hielos polares, existen las semillas siempre fecundas de las flores y los gérmenes perpetuamente, frescos de la vida animal. La existencia terrestre toda entera, no es más que la sustitución, por el espasmo generador de las formaciones orgánicas desarrolladas, por otras más bellas y vivaces. «La vida—dice Moleschott—(1) circula con la materia á través de todas las partes del mundo, las ideas circulan con la vida y con las ideas la voluntad, necesaria para el bien.» A medida que la ciencia se representa mejor el sistema general de la vida terrestre, el hombre reconoce su propia vida individual dominada por la grande atracción de la naturaleza; á los mezquinos pensamientos de utilidad y de mengua de la creación en provecho propio, sigue el amor apasionado de la actividad que recorre las venas del mundo y el deseo inefable de aprovechar las mismas vidas destruídas para engendrar nuevas existencias hasta lo infinito.

Nos admira lo infinitamente pequeño, pero lo infinitamente grande no es menos maravilloso. Como relación metafísica, ha destruído la idea de la perfección de los antiguos, que en su amor á la belleza precisa y plástica, preferían lo *acabado*, lo *determinado* (2), cuyos límites mide el pensamiento y cuyos contornos abarca la imaginación; y como relación astronómica, ha roto el universo esférico de los antiguos, encerrado en una bóveda de cristal, reemplazándole con esa esfera, infinita en el espacio y en el tiempo, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. De aquí el dogma de la pluralidad de mundos. Y, á la verdad, admitiendo la habitabilidad de los astros (hipótesis altamente fundada en razones de analogía), se puede afirmar que la universalidad de la vida corresponde á la concepción del hombre, en cuanto ésta no sería completa si limitase su realización á nuestro globo; á la unidad del mundo, desde que la cosmografía demuestra que las mismas materias y las mismas leyes naturales que forman y rigen la tierra componen también é imperan en todo el orbe visible; y también á la inmensidad de Dios; pues no es concebible ni posible que un poder infinito, una sabiduría infinita y una bondad infinita se manifiesten en obras finitas en número, extensión y duración. Vienen, en fin, la objeción del espacio vacío

---

(1) *Kreislauf des lebens*, XIX.
(2) Bruno: *De inmenso et innumerabilibus*, I, 2. Fouillée: *Histoire de la philosophie*, IV, 1.

y desierto, donde flotan como puntos casi imperceptibles los soles y los globos, pero no materia viva en continuidad; y la idea del astro como individualidad superior y complementaria de las terrestres (1), respecto á lo cual no conocemos otra verdad que la que nos dejan entrever deducciones tan prematuras como grandiosas, y cuya legitimidad ha de ser resultado de luengos siglos de exactas observaciones.

II. — Conservación de la vida.

El ultimar la fe en la ciencia hasta afianzar la fortaleza de sus concepciones más obscuras, es aspiración lógica y legítima, y no como inútil debe considerarse; pero una vez detenido el pensamiento ante el límite de la realidad que escruta, comprobar la resistencia de aquellas concepciones, sometiendo sus objetos á la creencia de bronce en los prejuicios sistemáticos, audacia es bastante peligrosa; pues acaso esa creencia, cuanto más arraigada esté, más pronto se destruye, como salta el bronce, á pesar de toda su dureza, por la leve presión del agua cristalizada, y con mayor facilidad cuanto menos flexible es. Tal sucede á los que afanosos por generalizar el *omne vivum ex vivo*, hacen del principio de ciencia natural más inofensivo y más empírico un apriorismo enojoso, rayano en dogmático y aventurado de todo punto, como de ello nos ofrece un ejemplo el conocido aforismo de Preyer (2) que dice: «Allí donde no preexistía vida, ninguna vida nueva puede originarse.» Este aforismo, según la manera como se le interprete, expresa más y expresa menos de lo que es preciso. Desde luego es indudable que su autor ha objetivado en él sus propias ideas metafísicas; pero son tan interesantes, tan sencillas y tan seductoras las razones con que lo apoya, que bien merecen nos detengamos en examinarlas.

Preyer afirma que así como la cantidad de materia es siempre igual en el universo y la cantidad existente de fuerza permanece invariable, sin que pueda aumentar ni disminuir, así las formas orgánicas experimentan modificaciones y cambios por la evolución y la disolución universal, pero el fondo de la vida es el mismo para todos los seres y subsiste aún después que éstos pierden su personalidad. El fin que Preyer se propuso al formular esta ley, ó si se quiere esta tesis, fué hacer ver que *la cuestión del origen de la vida no puede ser menos transcendente que la cuestión del origen de la materia y de sus fuerzas*, y eliminar así el odiado milagro de la generación equívoca,

(1) O más bien anterior y preparatoria. La materia — dice Hegel en su *Naturphilosophie* — que tiende á la individualidad, se manifiesta en la atracción universal; de ahí vienen los primeros cuerpos celestes, esbozos lejanos de la individualidad; de ahí el sistema sideral, sociedad rudimentaria que prefigura la sociedad humana (II, 5).

(2) Véanse sus *Elements de phisiologie générale*, I, 1.

ó sea la acción del Creador en la producción de los primitivos organismos.

Bastaría esta indicación para hacer sospechosa esa ley que se quiere introducir en la ciencia fisiológica; pero prescindiré de este aspecto enojoso de la cuestión. Preyer, guiado por la idea de que la vida es increada, como la naturaleza, admite con Fechner, con Duprel, con Noiré y con todos los partidarios alemanes del hilozoismo, que el cosmos es, considerado en su totalidad, un vasto organismo, una colección infinita de compuestos estables é inestables, donde todo se explica por el eterno movimiento de lo universal que hace pasar á los seres del estado inorgánico al orgánico y vice-versa. No por esto se crea que se da en la vida cósmica una evolución como la que fingen la generalidad de los transformistas. La cosa sucedió simplemente así: en sus comienzos el mundo formó una nebulosa, no solamente mecánica, como supone Laplace, sino también viviente, animada en su interior por la fuerza; esta nebulosa, donde primero prevaleció la estabilidad, se vió poseída de una tendencia de desequilibrio, ó mejor, al equilibrio inestable, y como consecuencia de esto se inició y determinó la diferencia entre lo vivo y lo no vivo, entre las moléculas orgánicas y las inorgánicas, que erróneamente conceptuamos como anteriores y predecesoras de las primeras. Aquí, pues, el hilozoismo de Preyer invierte el orden de las cuestiones; no es ya la química viva un caso particular de la química mineral, sino más bien ésta una parte de aquélla: lo orgánico existió antes que lo inorgánico.

Según Preyer, la ley de la conservación de la vida es un corolario de las ideas comúnmente recibidas en la fisiología tradicional y muy especialmente del principio que dice: *omne vivum ex vivo*. Ved aquí su razonamiento. Cuando una cosa no puede nacer es que ha existido siempre, y cuando ha existido siempre es porque no ha sido creada, ya que de lo contrario habría que admitir que apareció espontáneamente, lo que es tan contrario á la razón como á la experiencia. Es así que los seres vivos nacen exclusivamente de seres vivos. Luego la vida es tan eterna y tan indestructible como la materia ó la fuerza.

He de advertir, desde luego, que esta consecuencia no es legítima. Si Preyer se limitase á decir que la vida no puede tener su razón sino en la vida misma, estaría en lo cierto y ningún inconveniente habría en admitir su opinión; pero cuando añade que la eternidad de la vida es un colorario de la ley, según la cual lo vivo sólo nace de lo vivo, afirma lo que no sabe ni puede saber. De que la fuerza vital se comunique siempre de un organismo á otro por una especie de contagio, no se sigue en manera alguna que no pueda desaparecer del universo por el predominio de la fuerza material, ni que en tiempos anteriones á la organización de los astros el movimiento y los agentes mecánicos no hayan reinado con imperio casi despótico. Lejos de favorecer su tesis, el principio *omne vivum ex vivo*, la desmiente. Porque para poder creer en la conservación de la vida, sería preciso admitir la equivalencia de las acciones de los organismos, y para afirmar esta equivalencia sería á su vez preciso que «estuviese demostrado que la importancia de los naci-

mientos compensa la de las muertes.» (1) ¿Qué significaría un principio *omnis materies e materie* ú *omnis vis e vi*? La materia y la fuerza no pueden ser creadas porque no pueden ser anonadadas, y cuando se transforma una en otra, el calor se trueca en movimiento; esta conversión tiene lugar según equivalentes ó números equivalentes. Pero en el caso de que tratamos esta circunstancia falta por completo.

Lo que da alguna engañosa apariencia de verdad á la doctrina que aquí combato es, sin duda, la paridad que se pretende establecer entre las propiedades de la materia, la fuerza y la vida. Si la materia, pensó Preyer, proviene de la materia, si la fuerza no nace sino de la fuerza, ¿cómo es posible que la vida tenga su origen en otro principio que en sí propia? Y si la materia y la fuerza son eternas en cuanto no pueden crearse ni anonadarse, ¿por qué la vida no ha de gozar también de este privilegio? A primera vista nada más seductor ni aceptable que semejante proposición; pero una reflexión detenida convence de que se halla destituída en absoluto de base sólida. En efecto, ¿con qué razón se afirma que la vida no puede destruirse? ¿Dónde está el fundamento de esa aserción contraria á la razón y á la experiencia? ¿Se atreverá alguien á asegurar que la cantidad de vida existente no puede aumentar ni disminuir? ¿Qué paridad puede existir entre la materia que se pesa, la fuerza que se mide ó calcula y la vida que se escapa á toda ponderación, á toda medida, á todo cálculo? Es evidente que Preyer, al formular su proposición, ha dicho más de lo que pensaba, y la argumentación con que la apoya es de aquéllas que por probar demasiado nada prueban. Por otra parte, para concordar la doctrina de la conservación de la vida con la evolución de nuestro globo, tal como la ponen de manifiesto los estudios naturales, Preyer se pierde en fantasías y en hipótesis sobre «la concreción protoplásmica operada en los cuerpos que hoy llamamos orgánicos antes del enfriamiento del planeta», sobre «su separación de los elementos que les unían al resto de la materia cósmico-universal» y sobre «los metales graves que antes habían formado parte del gran Todo orgánico y que no se derretían ya ni podían volver á la esfera de que se habían visto expulsados», llegando en su vertiginosa carrera de imaginación á describir con todo detalle «los organismos anti-históricos, colosales, incandescentes, cuyo aliento sería tal vez vapor de hierro que despediría torrentes de luz, cuya sangre sería líquido mental, cuyos alimentos serían acaso meteoritos.» ¿Qué os parece? A este punto llegaríamos también nosotros necesariamente si hubiésemos de admitir en todo su rigor los principios de Preyer.

No se aclaró, antes se obscureció, la idea de la generación espontánea de la vida, con los descubrimientos de la ciencia geológica. Y, seguramente, cuando un sensualista alemán (2) muy venerado por su escuela, habla, nada menos que en 1855, de la eternidad de los organismos del hombre y de sus

(1) Delboeuf: *La matière brute et la matière vivante*, V, 4.
(2) Çzolbe: *Neue darstellung des sensualismus*, Leipzig, 1855.

diversas razas (1) y aun de la de la tierra como individuo, y de todo el orden actual de los cuerpos celestes; cuando vemos en tiempos aún más recientes á sabios (2) algo famosos, decirnos que los primeros gérmenes orgánicos cayeron de otros astros á la tierra, caballeros en meteoritos y estrellas errantes, pudiendo adaptarse y conservarse después de enfriado bastante el globo terráqueo; y cuando observamos á los más circunspectos afirmar que lo orgánico existió antes que lo inorgánico, no podemos menos de conocer que fué descubrimiento astronómico muy opuesto á la heterogenia el de saber que hubo un tiempo en que, hallándose nuestro planeta en estado de cuerpo de fuego, no sólo era incapaz de producir seres vivos, sino que hasta debía ser contrario á toda existencia de organización vegetal ó animal; y la ciencia natural confirma esta imposibilidad al admitir como cierta la realidad de una época *azoica* en la historia de las revoluciones de la tierra. Un examen más profundo de la significación de estas conquistas del saber empírico, nos hace comprender que esa supuesta caída de organizaciones de otros mundos en el nuestro es inconcebible, porque también aquellos mundos, hoy enfriados, han pasado en su desarrollo sucesivo por la etapa de la primitiva incandescencia, incapaz de conservar la vida en la espantable fragua donde fundidos y volatilizados esperaban el momento de su formación las capas inferiores que constituyen los esqueletos de los planetas.

A estas dificultades geológicas debían pronto añadirse otras dificultades fisiológicas. La ley de causalidad, inherente á la razón humana, no puede dejar de representar á la generación espontánea como una hipótesis necesaria sin la que no es concebible ni posible el origen de la vida sobre la tierra, y lo podía, en efecto, antes sin impedimento alguno, pues la falta de medios de observación así lo llegó á hacer creer á los mismos escolásticos ortodoxos; mas ahora se lo dificulta el hecho, ya de nadie ignorado, de que nunca ni en parte alguna se da esa clase de generación. Recordemos la historia de la controversia. A mediados del pasado siglo, los vientos de la experimentación fisiológica habían talado por completo el bosque de misterios orgánicos y de apariciones y formaciones microscópicas á las que se atribuía en otro tiempo gran actividad. Los esfuerzos de Coh, Cienkowsky, Rossmassler, Flach, Giebel, Büchner y Schaafhausen no consiguieron probar la eficacia de esa actividad ni aun en los organismos más pequeños é imperfectos. La tremenda derrota de los franceses Pouchet, Joly y Musset por

(1) Con cierta cautela, pero con bastante decisión, el más petrimetre de los fisiólogos alemanes (Haller en sus *Elementa physiologiae corporis humani*) había sostenido un siglo antes (1757) que no había generación evolutiva: *Nulla est epigenesis*. Hasta creyó que todas las partes de los organismos se hallaban ya hechas y derechas en sus principios germinales, bien que en tan limitadísimo grado, que escapaban á la mirada. También determinó, sin perder la serenidad del sabio, el número de generaciones que Eva llevaba desde el principio entre sus magníficas caderas.

(2) Hunt, Quinet, Richter, Thomson, etc.

Pasteur, que demostró (1) la imposibilidad de atribuir reproducción heterogénea á los corpúsculos suspendidos en la atmósfera, no desanimó á Bastián, que en 1872 afirmó haber hallado la *autogenia* de enjambres enteros de pequeños infusorios, cerrando herméticamente á toda influencia exterior unas disoluciones elevadas á un calor de 212° de Fahrenheit; pero su afirmación quedó desvirtuada y sin valor, gracias á los descubrimientos é investigaciones de sabios como Dallinger, Landerson y Drysdale. En ellos recae el honor de haber determinado el verdadero carácter de la generación y haber precisado y esclarecido un punto fisiológico, de hoy más incontestable.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(Se continuará.)

Notas: Recortes: Prensa extranjera.

Entrevista del Presidente de la S. T., Coronel Olcott, con el ex-Padre Hyacinthe, en Ginebra.

Durante los días 10 y 11 de Junio pasado, estando nuestro Presidente en Ginebra, tuvo ocasión de sostener dos largas entrevistas con el famoso ex-Padre Hyacinthe. Demostrando este último gran simpatía por las doctrinas teosóficas, el Coronel Olcott expuso sus ideas acerca de la idea de un Dios personal, concepto del cual no se habla en la Antigua Sabiduría. Expuso además, con toda claridad, y muy detenidamente, los principios fundamentales del Buddhismo y de otras doctrinas de la antigüedad respecto á la naturaleza de Dios. Demostró hasta qué punto la palabra «Dios» expresaba imperfecta y débilmente la idea de un Principio Infinito sin limitación alguna, Principio que en sí mismo debe contener todas las cualidades posibles y concebibles por la mente humana... Expuso hasta qué punto la ciencia puede probar la potencialidad de la inteligencia y de la conciencia en cada punto geométrico del espacio, incluso en el mundo microscópico, y de qué modo la gran obra de la evolución, esto es, el tránsito de las cosas desde el estado latente al estado de manifestación, estaba dirigi-

(1) Auxiliado por Milne-Edwards, Payen, Quatrefages, Bernad y Dumas.—Véase á Tyndall: *Les microbes organisés*, pág. 19 y siguientes.

da en cada período por Inteligencias de diferentes grados. Añadir que todos estos agentes estaban contenidos en ese Principio Infinito como lo están las mentes de todos los demás seres. Que cada uno de tales agentes, trabajando dentro de su determinada esfera natural, contribuía á desarrollar el plan del Universo preexistente en la mente divina, y que como esas Inteligencias difieren en conocimiento y poder (resultados ambos de la evolución) podía llegar á suponerse una Inteligencia mayor capaz de presidir la evolución de cada planeta... de cada estrella... y aun otras más evolucionadas, más elevadas, que dirigieran los grupos de planetas ó sistemas solares. Demostró cuán sencillo es, siguiendo esta progresión, llegar á concebir la existencia de inteligencias siempre infinitamente más elevadas y poderosas, capaces de regir varios sistemas solares, y así *ad infinitum*... Y de este modo, quien no fuere capaz de concebir la idea del verdadero Principio infinito, no por eso dejaría de encontrar campo para su imaginación en el punto del cual no podiere pasar... Para concluir, sin entrar en mayores detalles, y á título de curiosidad, podemos decir que al terminar la segunda entrevista de que hablamos, reinaba la más perfecta conformidad entre nuestro querido y respetado Presidente y el ex-Padre Hyacinthe, que no pudo menos de abrazarle, llamándole con verdadero cariño «su hermano». No dudamos que no tardaría el ex-Padre Hyacinthe en solicitar su ingreso oficial en la S. T., si razones de índole privada no se opusieran á ello...

J. X.

¿Una conmemoración del hundimiento de la Atlántida?

El célebre arqueólogo doctor A. Le Plongeon, cuyas investigaciones sobre la raza prehistórica americana Maya son bien conocidas, ha estudiado nuevamente la célebre pirámide mejicana de Xochicalco. Dicho monumento, situado á 1800 metros al S-S-O de Cuernavaca, fué visitada por Humboldt y otros muchos viajeros que no pudieron ni vislumbrar el sentido de las inscripciones que la recubrían. Mas Plongeon, después de serios estudios, ha terminado por descubrir que sus jeroglíficos están escritos en lengua Maya y son de origen ¡egipcio! Y según da cuenta la prensa extranjera, su texto hace elevar la época de construcción de la pirámide á 11.500 años, época en la cual, según Le Plongeon, aconteció la inmersión de la última parte del misterioso continente llamado en Maya Mu, y que es seguramente el Poseidonis de Platón en su *Atlántida*. (*Vessillo spiritista*, *Lumiere*, etc).

D-P.

La muerte de Alejandro Aksakof.

Toda la prensa europea viene rindiendo justo tributo de admiración al gran filósofo Alejandro Aksakof. Copiando á Kronhelm (1) diremos que el famoso Consejero ruso ha sido un ejemplo vivo de lo que puede la firme voluntad unida á una vasta inteligencia. Es, en efecto, admirable la obra del gran psicólogo, teniendo presente su posición, su patria y su época. Hablar en 1855 en su país y siendo Consejero del Czar, de mediumnimidad y de magnetismo; trabajar años y años en este sentido, arrostrando todas las sospechas y todos los sarcasmos, es obra que revela toda una verdadera personalidad. No es de extrañar que debido á sus esfuerzos Rusia conserve entre sus recientes timbres de cultura, el interesantísimo de haber sido la primera nación de Europa que organizó una comisión de carácter científico para estudiar los llamados fenómenos espiritistas. Conviene saber que esta comisión fué presidida por el célebre físico Mendeleyeff, y en ella se estudiaron mediums traídos por Aksakof que recorrió para este efecto Francia é Inglaterra.

Del resultado de esta investigación nos habla un español, el doctor Otero Acevedo, que en su interesante obra *Los espíritus*, publicada en 1895, estudia detenidamente al sabio ruso. Dice nuestro querido amigo: «Desgraciadamente, el comité no se ajustó á las condiciones acordadas, y lejos de observar con frialdad y ánimo sereno los hechos, dejóse arrastrar por ideas preconcebidas, y á la quinta ó sexta sesión, Mendeleyeff, olvidando hasta los respetos debidos á sí mismo, suspendió la investigación y publicó más tarde el informe en un extenso libro (*Datos para establecer un juicio sobre el espiritismo*), en el que afirma que los fenómenos espiritistas son todos producidos por instrumentos que llevan los mediums bajo las ropas; opinión digna de figurar al lado de las del *peroneo lateral corto*, para explicar los ruidos de los veladores presentada por Cloquet, Jobert de Lamballe, Velpeau y Schiff y aceptada como buena por la Academia de Ciencias de París, y que prueba cómo en muchas ocasiones no basta ser ó pasar por sabio para tener sentido común. Al libro de Mendeleyeff, contestó Aksakof con otro titulado *Un momento de preocupación científica*. Últimamente sostuvo, con ventaja, una polémica con el célebre filósofo del *inconsciente* Von Hartmann, y publicó en alemán una obra extensísima, la más completa hasta el día de las que tratan de espiritismo: *Der spiritismus*.»

La pérdida que acaba de experimentar la ciencia ha sido realmente

(1) *Constancia*, revista de Buenos Aires, 14 de Junio.

sensible, pues pocos investigadores unieron como Aksakof, á una originalidad y sinceridad verdaderamente sorprendentes, una constancia tan admirable para el trabajo. Baste como ejemplo la enumeración de sus trabajos más importantes, á saber: Traducción de las obras del teósofo sueco Swedemborg; del filósofo y medium americano Sir Andrés Jackson Davis; del célebre astrónomo y psiquista Alfredo Rusell Wallace *(Lo sobrenatural desde el punto de vista científico;* del gran Crookes *(Experimentos sobre la fuerza psíquica);* de R. Dale Owen *(Paso falso sobre el límite del otro mundo)*, de la que se han repartido en América más de 60.000 ejemplares, etc., publicación de la revista alemana *Psychische Studien* (la más seria de cuantas existen sobre la materia); de la sensacional obra *Animismo y Espiritismo*, traducida á todos los idiomas europeos; su réplica á Hartmann; la fundación del *Círculo de Investigaciones Psíquicas de San Petersburgo*, y por último, el sinnúmero de comunicaciones que sobre sus experiencias publicó en distintas revistas europeas.

D.-P.

Muerte del Orientalista Weber.

Uno de los más célebres y de los más antiguos orientalistas europeos, profesor Albrecht Weber, de Berlín, ha fallecido. Leo la noticia en el *The Maha-Bodhi*, de la India (número de Febrero). Su nombre ocupa un puesto eminente en la historia de la literatura sanskrita europea. A Wilkins, W. Jones (1746-94), Colebrooke (1837), Bopp (1791), Wilson (1832), e recientemente fallecido Weber y á otros varios, debemos la actual popularización del sanskrito y de su inmensa y original literatura. Con todos los errores y los prejuicios de los primeros tiempos, fué notable, sin embargo, el esfuerzo de esta generación de popularizadores. Weber publicó su *Historia de la literatura Inda* en 1852, y aun hoy mismo puede decirse que es utilizable. Sus obras son clásicas entre los filólogos, y han sido elogiadas por Max Müller, doctor Bühler, profesor Cowell, etc. Sus principales obras, tal como las anuncia el catálogo 245 de Otto Harrassowitz (1), son:

Ub. die Metric d.Inder, Berlin, 1867.
Vedische Beitrage, id., 1894.
Die beiden Aukramane, id., 1886.
Episches in vedischen Ritual, id., 1891.

(1) *Antiquarischer catalog*, 245. *Inaische philologie*, por el profesor Bühler. Lo remite la casa Otto Harrassowitz, cuya dirección es: *Leipzig. Querstrasse, 14.*

Ub.d. Krishnajanmashtami, id., 1868.
Die vedischen Nachrichten, id., 1860.
Ub 2 Parteischriften zu Gunsten der Maga, id., 1880.
2 Vedische Texte üb. Omina ú. Portenta, id. 1859.
Uber den rajapeya, id., 1892.

D.-P.



BIBLIOGRAFÍA

M. S. T. *L'Islamisme et son enseignement ésotérique.*—Paris 1903.

El modesto escritor que oculta su nombre bajo las supracitadas iniciales (con las que indica pertenece á la S. T.), intenta popularizar la idea, ya en esta misma revist expuesta con alguna extensión (1), de que el islamismo encierra profundas enseñanzas aún no bien estudiadas y dignas de toda atención por parte de la crítica. Antes de estudiar la revelación musulmana, M. S. T. aporta algunos datos sobre las doctrinas anteislamíticas y sobre el estado de la Arabia en tiempos de las luchas religiosas de la implantación. Conságrase asimismo al examen del sufismo ó misticismo musulmán, y termina con un erudito é interesante capítulo referente á las órdenes religiosas y sociedades secretas de Oriente. La obra ha sido editada por la casa de «Publicaciones Teosóficas», Rue Saint-Lazare, 10, París.

Dr. Th. Pascal. *La Sagesse antique a travers les ages.*—Paris 1903. (Librairie de l'Art independant.)

Constituyen la obra del ilustre teosofista francés Dr. Pascal cinco interesantes conferencias, llenas de doctrina y de observación personal.

Las dos primeras versan sobre *Los grandes instructores de la humanidad.* Pascal presenta sus observaciones sobre el modo de desarrollarse las humanidades arcaicas. En los tiempos remotísimos en que la tierra y aun el hombre eran muy distintos de lo que son en la actualidad, en el mundo de que nos habla Bailly, por ejemplo, ¿se encontró el hombre solo, olvidado y embrutecido como se nos dice generalmente y sin el auxilio, ni las supervivencias de otras razas más evolucionadas que le guiaran? ¿Fué espon-

(1) Ved SOPHIA, año IX, núms. 1 y 2.

táneo el principio del progreso humano...? ¿Surgió en un momento dado ó fué producto lógico de un encadenamiento de esfuerzos anteriores, infinitos é ininterrumpidos? Pascal, después de exponer sus hipótesis, recuerda los amplísimos horizontes que presentó H. P. Blavatsky al tratar de las razas arcaicas y *prehistóricas*, en la más absoluta acepción de la palabra. Apoyado en los datos aportados por la mitología universal, nos resucita el mundo de los continentes perdidos y de las civilizaciones misteriosas presentidas por la ciencia libre de todos los tiempos y negados por cierta parte de la ciencia oficial.

Las restantes conferencias versan sobre distintos problemas teosóficos que el docto escritor francés trata con la claridad y minuciosidad que le caracterizan.

❦

Juan P. García Pérez. *Indicador de varias crónicas religiosas y militares en España.* — Madrid 1901.

Con este título ha sido nuevamente publicada una eruditísima obra de indiscutible utilidad para la literatura histórica de nuestra patria. Encuéntrase en ella, minuciosamente registrada, una importante masa de bibliografía relativa á las órdenes religiosas y militares españolas, bibliografía hasta hoy casi olvidada, y que resulta de utilísima aplicación por los varios é interesantes asuntos de que trata. Por ella, en efecto, pueden conocerse á veces los orígenes de ciertos pueblos de la antigüedad; las leyendas y tradiciones más populares sobre multitud de asuntos religiosos; las relaciones de no pocos misioneros de las Indias de Oriente y Occidente y la historia interna, en suma, de todas las contiendas religiosas que hicieron célebres los tiempos pasados.

Entendemos, pues, es muy digno de encomio el esfuerzo que representa la obra del joven archivero y arqueólogo español Sr. García Pérez, que ahora justamente acaba de ingresar entre los miembros de nuestra Real Academia de la Historia.

D.-P.

❦

Ch. Feré. *Degeneración y criminalidad.*—(Trad. de A. González). Jorro, editor Madrid 1903.

Intenta demostrar Feré en esta nueva obra que el vicio, el crimen y la locura no están diferenciados entre sí sino por los prejuicios sociales, negando, por tanto, la posibilidad de distinguir al delincuente de los demás degenerados, pese á la hipótesis de Lombroso. Niega el origen atávico del crimen, calificando este origen de poética ficción, con lo cual niega una de las más hermosas conclusiones de la ciencia moderna sin presentar, por su parte, solución de ningún género. El crimen explicado por el atavismo corroboraba todos los datos de la experiencia, armonizaba con la teoría cada

vez más firmísima de la evolución, y aun apoyaba la doctrina hinda del karma, tan de acuerdo en este sentido con la ciencia moderna. Feré, sin embargo, niega todo ello y se limita á atribuir toda degeneración al agotamiento, sin ir más adelante. En el transcurso de su obra divide los nocivos en dos grupos: los *improductivos* y los *destructores*, y propone que el daño causado á la sociedad por un criminal lo pague la sociedad misma, pues teniendo la degeneración un origen social, la sociedad debe soportar sus consecuencias. Y á este fin propone el empleo de un procedimiento semejante al denominado Gheel, que emplea Bélgica con los enajenados.

Tal es el tema desarrollado por la nueva obra de Feré que el editor señor Jorro, tenaz en su campaña de vulgarización, ha presentado al público amante de la ciencia y de la filosofía.

C. J.

❦

James M. Pryse. *Reencarnación en el Nuevo Testamento.* — Trad. del ingles por A. F. G. («Biblioteca Orientalista», R. Maynadé. Tapinería, 24, Barcelona.)

Aunque el modesto título de esta interesantísima obra parece limitar en cierto modo su carácter, puede afirmarse, sin embargo, que se trata de un concienzudo y documentado estudio de crítica moderna acerca de ciertos pasajes obscuros del Nuevo Testamento, sobre los cuales el erudito exegeta inglés hace verdaderas y novísimas revelaciones. Con citas curiosísimas demuestra que esas narraciones fragmentarias, y á veces sin orden cronológico, esos breves discursos, esas cartas dirigidas á sociedades y aun á individuos, así como determinadas parábolas y escritos tan obscuros como el célebre *Apocalipsis* (cuyo verdadero título es «Revelación») no formaron un sistema de doctrinas ni un credo determinado como el que se nos ha transmitido revestido del carácter de una religión oficial. Podría probarse, en efecto (y en este sentido recomendamos la obra de M. Pryse), que las enseñanzas comunicadas por Jesús no fueron comprensibles sino para los «elegidos», no llegando, por tanto, á pertenecer jamás á la masa. Sabido es que los primitivos cristianos, siguiendo una costumbre de la antigüedad, establecían distintas subdivisiones y verdaderas jerarquías entre ellos mismos, y que, en contra de todo lo que se asegura sobre la universalidad é igualdad de las predicaciones, muchas de éstas sólo se hacían en secreto. Las cartas de Pablo, por ejemplo, debieron pertenecer á este número. El mismo Pablo habla de distintos grados de enseñanza, pues una cosa era la *Gnosis*, otra la *Visión* y otra la *Enseñanza*, de las cuales nos habla en Corintios (I-XIV-6). Además de esto, en todo el Nuevo Testamento los cultivadores de lo externo, los *exotéricos* son algo aparte, son *los carnales* (οἱ σαρκικοί), en tanto que los cultivadores de lo oculto, de lo interno, los *esotéricos* en una palabra, son los sabios verdaderos. Y aun estos últimos hubieron de ser subdivididos en «llamados» (κλητοί) y en «escogidos» (ἐκλεκτοί). Y éstos, á su vez, en «psíquicos» (ψυχικοί), «fieles» (πιστοί) «espirituales» (πνευματικοί) y «perfectos» (τέλειοι), términos todos ellos que no han sido aún estudiados detenidamente, y que el mismo Pryse no hace sino indicar en una nota.

Teniendo esto presente, no extrañará que muchos pasajes del Nuevo Testamento hayan sido interpretados erróneamente y que otros muchos hayan pasado inadvertidos. M. Pryse hace desde este punto de vista una copiosa recolecta. Presuponiendo que ciertos pasajes encierran un sentido esotérico, intenta descorrer el velo interpretándoles en su verdadero sentido, según lo que se desprende de los textos griegos no adulterados. Y ved, no más que por el simple examen de una versión fiel, cuánto más significativo no resulta cualquiera de estos pasajes de que se habla, el de Mateo XI, 11, 14, por ejemplo, que dice así:

TRADUCCIÓN EXACTA

Amen, os digo, entre los (hombres) nacidos de mujeres, no se ha *despertado* (de entre los muertos) un (vidente) mayor que Juan el Lustrador; pero el menor (Iniciado) en el Reino de los Cielos, es mayor (Vidente) que él... Y si quereis recibir (le), *él mismo es Elías*, el que *estaba* destinado para venir, etc.

TRADUCCIÓN REVISADA

En verdad, os digo, que entre los nacidos de mujeres, no se ha levantado otro mayor que Juan Bautista: sin embargo, el que es muy pequeño en el Reino de los Cielos, mayor es que él... Y si queréis recibirlo, éste es Elías que ha de venir, etcétera.

Todo lector teosofista observará el alcance que tienen las palabras que nosotros hemos subrayado y asimismo las que la traducción sin revisar coloca entre paréntesis, ninguna de las cuales aparece en la versión común. Nada hemos de decir sobre la exactísima hipótesis de Pryse, que desde luego afirma hacen alusión á la teoría evolutiva y reencarnicionista hoy ya del dominio vulgar; nos limitaremos á recomendar una nueva lectura del Nuevo Testamento desde este punto de vista, sobre el cual queda aún mucho nuevo que decir.

❦

A. Nin Frías. *Ensayos de crítica é historia y otros escritos.*—Montevideo 1902.

Como su título indica, la obra del Sr. Nin es una colección de trabajos sobre crítica literaria, sobre historia (éstos últimos muy relacionados con España) y sobre filosofía, de los que en otro lugar hemos de ocuparnos con alguna extensión, limitándonos por hoy á enviar nuestros plácemes al autor.

❦

Virgilio. *La resurrección de los muertos en sus aspectos científico y filosófico.* Barcelona 1903.

Podría servir de lema á este original estudio aquella frase de la filosofía hermética que dice: *El hombre no está muerto cuando su cuerpo es enterrado, pues que nada puede proceder en la naturaleza por transiciones violentas...* Propónese, en efecto, demostrar el autor, que aun muy inmediato al período de desintegración cadavérica, el cuerpo humano conserva tenebrosa y

extraña *vida* en cierta acepción de esta palabra, que el autor explica detalladamente. Desde el punto de vista científico tiene este estudio especial importancia por la gran cantidad de observaciones que en él se encuentran sobre los signos de la llamada *muerte real* y de la aparente. Estúdiase asimismo el fenómeno denominado *vampirismo*, popularizado en tantas narraciones medioeválicas y sobre el cual el autor ha reunido datos y observaciones verdaderamente interesantes. Igualmente es tratado el problema de la cremación desde un punto de vista científico y religioso á la vez. El autor, convencido de cierta especial supervivencia *post-mortem* favorecida por la fuerza misma de la descomposición, indica como único medio de ayudar la obra de la naturaleza el seguido por los pueblos orientales que entregan sus cadáveres á las llamas.

D.-P.

* * * * * * * *

Revistas recibidas.

TEOSÓFICAS

The Theosophist. (INDIA. *Adyar, Madras. Teosophical Society's Head Quarters*).
The Theosophical Review. (LONDRES. *The Theosophical publishing society.* 3. Langham Place, W.)
The Váhan. (LONDRES. *T. P. T.* 3, Langham Place. W.)
The New Century. (CALIFORNIA. San Diego. Point Loma.)
The Theosophic Messenger. (CALIFORNIA. San Francisco. Room A., Fellows' Building. U. S. A.)
The New Zealand Theosophical Magazine. (N. ZELANDA. Strand Arcade. Queen Street. Auckland).

Theosophia. (AMSTERDAM. Amsteldijk, 46).
Theosophisch Maandblad. (INDIA HOLANDESA. Semerang-Drukkerij en Boekhandel).

Revue théosophique française. (PARÍS. Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin théosophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)

Theosophischer Wegweiser. (LEIPZIG. Inselstr. 25.)

Teosofia. (ROMA. Via di Pietra, 70.)

Dharma. (VENEZUELA. *Caracas.* Sur 5 núm. 84.)
Sophia. (CHILE. *Santiago.* Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi *and* **The United Buddhist World.** (India. 2, Creek Row. *Calcutta.*)
The Prasnottara. (India. Indian Seccion Theosophical Society *Benares.*)
Prabuddha Bharata. (India. *Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.*)
The Central hindu college. (India. C. I. C. *Benarés.*)

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. (Brasil. Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. Brasil. Bahia.)
La Lumiere. (París. rue Lafontaine, 96.)
Religione é Patria. (Italia. Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)

Constancia. (Buenos-Aires. Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. (Buenos-Aires. Victoria, 3325.)
Freya. (Buenos-Aires. calle 27, núm. 215.)

Lumen. (Barcelona. Ferlandina, 20.)
Luz y Unión. (Tarrasa. Pantano, 91.)

VARIAS

Revue du Socialismo rational. (París. Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. (Portugal, Coimbra. Imprensa da Universidade.)
A Tradiçâo (Portugal. Serpa.)

Revista masónica. (Buenos-Aires. Calle Cuyo, 1131.)

Helios. (Madrid. Lista, 8. 3.º)
La Revista Blanca. (Madrid. Cristóbal Bordiú, 1.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.